

ÍNDICE

Prólogo	9
I. EL INGENIOSO MIGUEL DE CERVANTES	
Los hurtos del ingenio y la paternidad literaria en Miguel de Cervantes	21
La fuerza del ingenio y las lecciones cervantinas	37
II. EN TORNO AL <i>QUIJOTE</i>	
El gusto de don Quijote y el placer del autor y de los lectores	61
Don Quijote, enfermo de amores	97
De la cueva de Atapuerca a la de Montesinos	123
Alba y albergue de don Quijote en Barcelona.	139
La dignidad de las Humanidades y Miguel de Cervantes.	191
Don Quijote en el patio de escuelas. (Vejámenes de grado en España y América. Siglos XVI-XVIII).	203
Aldonza en el convento y Cervantes resucitado: de los desafíos teresianos al duende de las Trinitarias (1784)	251
III. DE LA <i>GALATEA</i> A LAS <i>EJEMPLARES</i> : SOLEDAD, SILENCIO Y MEMORIA	
Cervantes en la Arcadia.	275
El silencio de los perros y otros silencios ejemplares	283
La memoria ejemplar y <i>El coloquio de los perros</i>	309
IV. POESÍA, TRABAJOS Y PEREGRINACIONES	
Los sonetos de Lope y Cervantes a Francisco Díaz, inventor de la uretrotomía interna	329

Poesía y peregrinación en el <i>Persiles</i> : el templo de la Virgen de Guadalupe	359
Los trabajos en el <i>Persiles</i>	401
El cielo de Lisboa	447
La universalidad del <i>Persiles</i>	491
V. EL ANCHO MUNDO DE MIGUEL DE CERVANTES Y LA CONSECUCIÓN DE LA FAMA	
Procedencia de los estudios	529
	559

PRÓLOGO

Si, como dijo Shakespeare en *La tempestad*, «lo pasado es prólogo», este no deja sin embargo de convertirse en epílogo. Sobre todo cuando lo que se publica es el resultado de dieciséis años de trabajos dedicados a la obra de Miguel de Cervantes. Continuamos así la tarea de otros libros anteriores: *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», el «Quijote» y «El Persiles»* (Barcelona, PPU, 1994 y 2005), *En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina* (Universidad de Zaragoza, 2005) y *El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia* (Vigo, Academia del Hispanismo, 2011), estando ya en prensa *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes* (Zaragoza, PUZ).¹

El título del presente volumen, *Por el gusto de leer a Cervantes*, se corresponde, como el lector podrá averiguar, con uno de los estudios recogidos en él, donde analizamos el placer de don Quijote, el de su autor y el de los lectores, incluyendo entre ellos a quien esto suscribe. Porque leer a Cervantes siempre ha supuesto para mí un auténtico gozo, desde el primer encuentro infantil con *La Gitanilla* o con *Rinconete y Cortadillo*, a los años en que tuve la oportunidad de asistir a las clases de Martín de Riquer en la Universidad de Barcelona.

Mi dedicación posterior al estudio de la poesía, el teatro y otros géneros, además del temor a no estar a la altura de tan insigne maestro a la hora de analizar la obra cervantina, hicieron que mi atención a ella se fuera retardando hasta que me sedujera adentrarme en el misterio de la cueva de Montesinos o en el maravilloso silencio de *La Galatea*. A partir de ahí, ya no solo leer, sino estudiar a Cervantes ha

1. Aparte querríamos considerar los trabajos coordinados bajo nuestra dirección: *Lecciones cervantinas* (Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1985), *Cervantes. La invención poética de la novela moderna* (Barcelona, Anthropos, 98-99, 1989), *Los rostros de don Quijote* (Zaragoza, Ibercaja, 2004) y la colectánea virtual *El robo que robaste. El universo de las citas y Miguel de Cervantes*, en *Parole rubate / Purloined Letters. Rivista internazionale di studi sulla citazione* (Universidad de Parma, 8, dic. 2013).

supuesto siempre un descanso placentero y hasta una huida respecto al análisis de otras materias literarias.

Los trabajos que aquí se reúnen deben su factura a distintas circunstancias. De ahí que algunos de ellos carezcan de aparato crítico. Dado que los estudios cervantinos han avanzado tanto en los últimos años, sobre todo a partir del IV centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, no hemos considerado oportuno añadir las correspondientes entradas bibliográficas, salvo en algún caso concreto. El esfuerzo de los cervantistas y de la Asociación que lleva su nombre, aparte de la edición de todas las obras de Miguel de Cervantes llevada a cabo por la Real Academia Española con una completísima bibliografía, suplirán con creces las carencias de este libro en ese y otros aspectos.

Aunque el grueso del mismo se centre en la narrativa, somos conscientes de que el estudio de cada obra en particular no debe prescindir de su totalidad. De ahí que partamos del análisis del ingenio, cuya fuerza consideramos capital en la poesía, la novela y el teatro cervantinos. Y otro tanto ocurre con la parte final de este libro, dedicada a la universalidad de su obra y de su fama.

Cervantes, como anteriormente Garcilaso, se acogió a unos principios de claridad que sin embargo no están exentos de dificultades. Como se lee en la empresa V de Saavedra Fajardo que luce en la portada de este volumen, bien podemos decir que el autor del *Quijote* «deleitando, enseña». Y no me refiero únicamente a la yuxtaposición del horaciano *delectare et prodesse*, sino a una sutil manera de ensamblar ambos conceptos y ofrecer nuevas e ingeniosas formas de deleitar y enseñar, apropiándose de los ejemplos de los clásicos para hacerlos suyos.

En ese sentido, Cervantes no solo siguió a Aristóteles en el terreno de la mimesis, sino en el de la retórica de lo admirable, donde se integraba también el placer de lo risible. Él se jactó, como es bien sabido, de haber dado en el *Quijote* pasatiempo, lo que situaba en primera línea el provecho del placer, formando así un tercer y moderno compuesto nacido de la unión del deleite y el provecho, parejo al que resulta de la suma de naturaleza y arte en *La Galatea*.

Sin violencia y de la forma aparentemente más sencilla, Cervantes consiguió no solo que los lectores se sintieran partícipes de cuanto acontece a sus personajes, sino de la operación misma que él lleva a cabo a la hora de contarlos. Ya se trate de configurar a don Quijote, como encarnación de la cólera caballeresca o como enfermo de amor y espejo vivo de la melancolía, su autor logró además algo que solo es patrimonio de algunos escritores. Me refiero al hecho de alcanzar el beneplácito universal de una invención novelesca que se considera única. No olvidemos, por otro lado, que Cervantes se afirmó como auténtico padre de sus obras, considerando a estas como hijas legítimas salidas de su numen y cuya paternidad nadie podía sustentar aunque lo pretendiera.

Él se situó siempre en la encrucijada entre literatura, historia y vida, según demuestra el episodio de la cueva de Montesinos y sus conexiones con otras cuevas reales, como la de Atapuerca, que gozaba, entre otros precedentes, con la entrada en ella de los curiosos personajes de don Francesillo de Zúñiga. Ello equivalía, en cierto modo, a descender a los orígenes mismos del ser humano y de su capacidad imaginativa.

Cervantes lo dio todo por la invención, demostrando, con el ejemplo de don Quijote, que la imitación por sí sola no era suficiente sin el auxilio del ingenio. Y se sirvió de este a todos los efectos con una gran libertad, transformando conceptos y palabras con suma discreción y gracia, hasta ser considerado el inventor de la novela moderna. Pero tal vez su logro mayor consista en haber conseguido, a lo largo de los siglos, que la lengua española se identificara como la lengua de Miguel de Cervantes. Una lengua sin fronteras y en diálogo constante con las demás lenguas, como se comprueba en los episodios de la segunda parte del *Quijote* durante el camino hacia Barcelona. Una ciudad abierta al Mediterráneo y a las naciones de Europa, y sobre cuya estancia en ella del caballero andante y de su escudero aportamos aquí nuevas perspectivas.

Sus obras conforman a su vez uno de los máximos exponentes de la dignidad de las Humanidades, dentro de las cuales, la de la lengua se alzó, a partir del Renacimiento, como la marca mayor de la dig-

nidad del hombre. Desde *La Galatea* al *Persiles*, no es difícil atisbar en ellas el peso de los *Studia humanitatis*, pero también la cara miserable de quienes los practicaban, como ese estudiante pobre que, en un emblema de Alciato, llevaba un ala en un brazo, mientras su pierna estaba atada a una piedra que le impedía volar. Recordemos también que, en el *Viaje del Parnaso*, donde la Poesía aparece rodeada por las ciencias, las artes liberales y las virtudes, Cervantes no se olvidó de colocar a la doncella Vanagloria, acompañada de la Adulación y de la Mentira, como imagen de los vicios que suelen rodear a la Fama.

No me detendré en la visión festiva que Cervantes ofreció, en el *Quijote* y en otras obras, sobre las aulas universitarias al socaire de los gallos o vejámenes de grado. Pero sí querría destacar el viaje de ida y vuelta que ello supuso cuando don Quijote se convirtió durante siglos, tanto en España como en América y otros lugares de Europa, en uno de los personajes que más alegraron los patios de escuelas, las justas literarias, los saraos cortesanos y las academias. Sin olvidar los claustros conventuales, como el de las Trinitarias madrileñas, en cuya iglesia quiso Cervantes que descansaran sus huesos y donde las sales dieciochescas lo convirtieron en duende.

En sus obras está todo: desde la más elevada bucólica, al laberinto amoroso en el que la fiera cruel de los celos desgarró los rendidos corazones de *La Galatea*. Todas ellas forman una coral de voces que sin embargo descansan en el sosegado silencio, como demuestran las *Novelas ejemplares* y particularmente el *Coloquio de los perros*, donde Cipión y Berganza transforman el ejemplo de la rosa de Apuleyo en toda una reflexión literaria, probando que piensan como personas. Si, como dijo Erasmo: «El acabar la plática no se ha de medir por el apetito del que habla sino por el de los que oyen», Cervantes avanzó en el terreno narrativo ofreciendo toda una estética de la palabra y del silencio en la que suele estar presente la reflexión moral erasmiana sobre la lengua.

Cervantes cambió además las técnicas retóricas del arte de la memoria haciendo que sus *Novelas ejemplares* fueran más allá del juego estático de lugares e imágenes para adentrarse en el territorio de la introspección anímica y en el análisis de las pasiones humanas. En

ellas, la memoria dinamiza el relato, impulsando la acción y el decurso vital de los protagonistas, convirtiéndose en parte sustancial de las mismas.

Las fronteras entre la poesía y la prosa son tan variadas y complejas como las de los géneros y estilos que se mezclan en las obras cervantinas, donde todo es posible: desde la maestría a la hora de convertir en poesía un asunto tan prosaico como el relativo a la uretrotomía interna, hasta la elevación más sublime en las estancias que Feliciano de la Voz entona ante la Virgen de Guadalupe en el *Persiles*. Y será en esta obra donde la poesía mostrará hasta qué punto es una clave fundamental en el peregrinaje de los protagonistas a través de los poemas intercalados y del propio decurso de su medida prosa poética. Pero esta se dinamizará a través de los muchos y variados trabajos de los peregrinos, que dan sentido y fin a un largo viaje amoroso, vital y religioso desde el septentrión a Roma.

En *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, su autor quiso ofrecer una obra total, y no solo a través del ancho mapa geográfico que lo contiene, sino en la complejidad de los personajes y de sus acciones, particularmente en el terreno amoroso. Cervantes trazó en ella un camino de perfección por el que transitan los buenos, pero no se olvidó de aquellos que se perdieron en el camino.

El concepto de trabajo y el de peregrinación son indisolubles en la concepción novelística de esta obra como ya lo fueron a su modo en el *Quijote*. Así ocurre en el episodio de Lisboa, donde Cervantes demuestra además que todo se incardina siempre en la historia. Particularmente si atendemos a las numerosas referencias a hechos concretos y al paralelismo que ofrece, a nuestro juicio, la historia de don Manuel de Sosa Coitinho con la sin par Leonora y los amores de Felipe II por su joven sobrina Margarita de Austria. Esta se convirtió finalmente en esposa del rey de los cielos ante el desairado rey de la tierra, como lo hizo la bella Leonora por la que murió de pena más tarde el derretido don Manuel.

Pero al margen de esas y otras concomitancias, el *Persiles* muestra un riquísimo entramado histórico entre Portugal y España, aparte de cuanto supuso, para ambas naciones, el descubrimiento de Amé-

rica y la circunvalación del globo, presentes en esta obra. Así lo prueba la llegada de los peregrinos a Lisboa, que corre en paralelo, pero de manera opuesta, a la de Colón al descubrir el Nuevo Mundo, ofreciendo la llegada de salvajes y semisalvajes a tierras cristianas, representadas por el cielo de Lisboa.

No me detendré en cuanto supuso la presencia del Monasterio de Guadalupe a la luz de nuevos testimonios en los que este se alza como un símbolo de la reconquista, de las hazañas americanas y africanas, y de la misma monarquía austriaca. Guadalupe fue además un lugar de encuentro entre los monarcas portugueses y los españoles, aparte de un centro de peregrinación entre ambos pueblos. Pero sí querría insistir en la clave que representa el descubrimiento del susodicho *cielo* de Lisboa por parte de los protagonistas venidos de tierras nórdicas, frente a la *tierra* descubierta por Colón y los suyos. Sobre todo a la hora de entender el *Persiles* como el encuentro con una nueva tierra de promisión por la que se podía transitar, desde Lisboa a Roma, para llegar a alcanzar la felicidad en lo divino y en lo humano. Cervantes daba con ello la vuelta a la gesta americana, ofreciendo un nuevo rumbo europeo en lo cultural, político y religioso.

Ese ideal europeo y a la vez transatlántico iba en consonancia con la universalidad que Cervantes pretendió en el *Persiles*. Y no me refiero solo al mapamundi carolino, sino al concepto de monarquía universal o *universitas christiana* subyacente en la obra, que heredaron los sucesores del emperador. Cervantes, en este caso, avanzó sobre los opuestos tradicionales entre civilización y barbarie, particularmente en los dos primeros libros, aludiendo simbólicamente, en el tercero y en el cuarto, a los viajes ultramarinos hacia Oriente y Occidente, teniendo además como fondo las guerras europeas de religión y el conflictivo mar Mediterráneo. Bastará recordar al respecto el episodio de los moriscos valencianos y la presencia en él de los turcos.

El ideal de la Europa cristiana se aquilata en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* con un afán de expansión universalista que tiene muy en cuenta la empresa civilizadora y religiosa llevada a cabo en el Nuevo Mundo, siguiendo el programa pacificador y universal propi-

ciado por Carlos V. Y, en el itinerario desde Lisboa a Roma, cobrarán una importancia capital no solo la Extremadura vinculada a la historia americana de Pizarro y Orellana, sino una ciudad como Toledo, «gloria de España y luz de sus ciudades», que Cervantes sitúa en el corazón de una península que consideraba a su vez centro y alma del mundo. Configuraba así el cuerpo de una Europa diversa y unida que tenía, en una Lisboa ligada a España, los brazos y los pies que la conectaban por mar con el resto del universo.

A despecho del itinerario ascensional de Periandro y Auristela, Cervantes reflejó numerosos descensos, a tenor de las acciones llevadas a cabo por otros protagonistas, que se desvían de la estrecha senda de la virtud y no logran alcanzar, por ello, la felicidad en Roma; una ciudad que aparece como «reliquia universal del suelo» y «modelo de la ciudad de Dios», pues si en Toledo estaba el corazón del mundo, Roma se erigiría como su cabeza, coronando así el cuerpo de dicho mundo y el del *Persiles*.

La universalidad de esta obra se extendió no solo a lo político y religioso, sino a lo vital, artístico y literario, mostrando siempre las dos caras anuales del ser humano. Ello se percibe particularmente en Roma, donde el ideal agustiniano de la Ciudad de Dios se ve contrastado, como en el resto de la obra, por la existencia de seres inmundos o tan complejos como Hipólita la Ferraresa. Esta encarna, a nuestro juicio, las excelencias de la cultura y del arte, además de la tradición epicúrea de los jardines, unidos, desde Lucrecio, al poder y a la fama. Su posible vinculación con los *Horti Salustiani*, y sobre todo con la figura de Hipólito de Este, que proponemos, ofrecen una nueva lectura sobre un episodio en el que Cervantes puso en tela de juicio la adquisición de bienes naturales y artísticos por medios espurios o inmorales. El *Persiles* daba así un sentido ético a la cultura, a la vez que ponía en evidencia los peligros de la seducción, que se disfraza engañosamente de bien para causar el mal.

Por esa y otras razones, la obra se nos presenta como un ejemplo de lo que hoy entendemos por globalización, en un mundo donde están presentes las guerras de religión, la barbarie y las pasiones del alma, que «fatigan hasta quitar la vida», pero donde también es

posible encontrar la paz y la felicidad. Cervantes aspiró a ser universal y, para ello, creó unas obras en consonancia, enfrentándose al maleficio de Babel y pensando que los seres humanos son dignos o miserables según sus actos y no por su procedencia o raza.

La universalidad de Cervantes discurrió de modo muy semejante a la referida idea pergeñada por el emperador Carlos y continuada, con mayor o menor fortuna, por Felipe II y sus descendientes. Y tal vez sea oportuno recordar al respecto que esa universalidad de la época de los Austrias, patente en tantos de sus escritores, tuvo un remedo ilustrado notable en el siglo XVIII, con obras como las del abate Juan Andrés, o las de Antonio Eiximenis, José Celestino Mutis y Lorenzo Hervás. Sin entrar en la aportación de los universalistas españoles, pareja a la de la universalidad que el *Quijote* alcanzó en esa época, quizás no esté de más recordar la obra de otros universalistas anteriores, desde Pérez de Oliva a Baltasar Gracián, que trascendieron lo particular procurando que sus obras traspasaran los espacios del tiempo. El autor del «Canto de Calíope» sabía además muy bien que los poetas de España y América escribían en una misma lengua, que se hablaba también en otros muchos lugares de la tierra.

Ensombrecido el resto de las obras de Cervantes por la recepción del *Quijote*, creemos sin embargo que todas ellas forman un mismo haz en el que la universalidad es inseparable de la consecución de la fama que su autor buscó obsesivamente a lo largo de toda su vida.

El mundo de Cervantes está en constante movimiento como los seres humanos que pueblan su teatro y sus novelas, cambiando de lugar y de condición. Y ese viaje, tan lleno de paradojas y contrastes, y que se configura como un viaje por la vida y por la historia, lo es también por la lectura. Pues esta nos ofrece, en definitiva, ese otro mundo con entidad propia, creado únicamente por la gracia de su autor y que a veces se parece tanto al nuestro. Algo hay de todo ello en los clásicos, capaces de leernos y de explicar la actualidad pese al paso del tiempo. Pues, volviendo a *La tempestad*, tan llena, por cierto, de personajes vinculados a la historia de España y América, recordemos cómo Rubén Darío, a la zaga de uno de ellos canonizado en *Ariel* por José Enrique Rodó, denunció, en *El triunfo de Calibán*, el materia-

lismo y el conflicto de razas y culturas. En ese sentido, la obra de Cervantes nos devuelve, como en un espejo, esos y otros problemas todavía latentes en nuestros días.

Finalmente, querríamos dar las gracias a tantos alumnos como atendieron nuestras clases sobre Cervantes a lo largo de los años. También a quienes propiciaron en su momento la publicación de los trabajos aquí reunidos, y ahora, en particular, a Ana Gavín y a Ignacio F. Garmendia por hacer posible su edición conjunta. Ojalá que los lectores discretos encuentren en este libro algún acicate para mejorarlo y sobre todo para volver a leer con gusto a Miguel de Cervantes.